

Marilín se pasó la vida con el alma envasada al vacío, como si estuviera esperando a abrirla cuando el mundo se hubiera afinado a su gusto. Pero no le dio tiempo, porque nunca supo, ni siquiera intuyó, incluso sabiendo como sabía que venir a este mundo no era caer en las páginas doradas de un cuentecito de hadas donde puedes jugar con tu varita y tu Merlín, que su destino fermentaba lento al otro lado del mar mirando al Sur y, mucho menos, que lo llevara el negrito Buba escondido en los huevos. Y nunca lo supo porque es muy difícil estar al tanto de cuándo el destino va de farol. Son cepos muy difíciles de ver, porque el destino es una cajita de música, confusa y sin partitura, donde con frecuencia oímos un bolero cuando está sonando una cumbia. Y abandonada a esa creencia aciaga no le puso atención al antojo de su fatalidad, un estrago que la pilló desprevenida y no le dio más consuelo que el de enterarse cuando ya era tarde, así que resignada, se acogió a la imagen que tenía de Dios, un ojo metido en un triángulo, como la enseñaron en párvulos, y de él echó mano para pedirle un año más de vida. Quiso vivir un año más, porque quería saber si era verdad eso de que el cometa Halley iba a pasar por aquí. Pero lo que dijo su abuela: «Que esté tranquila y contenta, que desde el cielo lo verá mejor. Incluso, si quiere, se podrá subir en él a dar una vuelta». Marilín siempre se tomó las cosas como le vinieron, y nunca abrió la boca para quejarse de nada, excepto del día nefasto en que conoció al negrito

Buba, un azar que no llevaba escrito en la palma de su mano. Pero el destino, que solo pone en las rayas de la mano lo que le da la gana, así lo dispuso, porque si hubiera querido que Marilín viera el cometa, le habría puesto el condón al negrito Buba. «Pues más nos hubiera valido a todos que el negrito Buba de los cojones se hubiera quedado en su casita de la selva con la tribu follando monas, o haciéndose pajas», dijo la madre de Marilín, secándose las lágrimas de rabia.

La fuerza imponente del destino —ese animalito titánico, sin ojos ni corazón, que con una mano te da pan y con la otra mierda, ofreciéndote en cada una el cebo de la misma miseria—, fue el torrente por el que Marilín se dejó llevar en la vida. Y ahora que el Señor la mandó llamar, resulta cómodo y fácil venir con alharacas de si ya lo sabía yo, o que si Marilín hubiera estado más atenta esto no habría pasado, que si Marilín era muy despreocupada y se tomaba la vida a chiste, o que si Marilín esto o Marilín lo otro. Pero Marilín era un encanto de mujer, lo fue hasta para morirse, porque sujeta al mundo como estaba, enganchada a la vida con gomas y frascos que le metían una salud artificial, sus últimas palabras no fueron de angustia ni de miedo, ni siquiera de dolor; fueron el lamento de no poder seguir sacándole el jugo a una vida que le había regalado ostras y champán hasta el cólico en los brazos de don Sebastián de Avellaneda, quien le había prometido boda y banquete cuando se separara de su mujer, y que se la iba a llevar a un nidito de amor todo lleno de palmeras que le tenía preparado en un rincón apacible de las Antillas. Por eso, sus últimas palabras fueron para él, a quien estaría eternamente agradecida porque la llevaba como a una reina, le enseñaba los saberes del mundo y le besaba la mano con modales de marqués antes de follársela, y porque además, había metido a su hermano pequeño a trabajar de ujier en el Ministerio de Fomento.

Marilín quiso que la enterraran bien pintada con colorete y mucho rímel, las uñas de rojo intenso y los labios al natural, y con su escote palabra de honor, pues de siempre le tuvo mucha fe a ese atavío, del que decía que es el atuendo de la justicia en sí mismo para las cábalas del querer, porque cada vez que les abría la puerta a los clientes luciéndolo, conseguía el milagro increíble de que los ricos se olvidaran de su fortuna y los pobres de su pobreza. Al entierro de Marilín fueron todos los amigos, y casi todos sus clientes, algunos hasta con sus mujeres. Marilín lo merecía. Lo merecía por dentro y por fuera, dijo don Sebastián entre sollozos mientras se secaba las lágrimas en la angustia del vacío, con la imagen todavía reciente de su cuerpo escultural despatarrado sobre la cama, recordando sus dos ojos como dos soles y con los rescoldos en el paladar del sabor azucarado y divino de su boca de almíbar. El señor Sakata afirmaba que tenía las piernas más largas y apasionantes que jamás se le hayan visto a mujer alguna, para recorrerlas a besos necesitabas toda la tarde, y no exagero ni esto, dijo señalándose el meñique. Era tal la bondad y su belleza de hechuras, que despertó la admiración incluso en el Vaticano, donde llegaron a dudar de si semejante prodigio no sería el elemento tapado de la Santísima Trinidad. Hasta el Macho García, que se cogió un avión desde Méjico para venir a darle el último beso, dijo que sus párpados fríos de reina daban más calor que todas las estufas del mundo juntas, y no se pudo explicar cómo podía haber tanta abundancia de hermosura en una sola mujer. Le sale el primor por los poros. Esta mujer no lloraba lágrimas, manaba champán, dijo don Santiago. El señor Malo aseguró que si da Vinci hubiera tenido el honor y la dicha de haberla conocido, la habría pintado a tamaño natural y después no hubiera tenido más remedio que tirar los pinceles a la basura, porque más perfección y belleza ya no cabía pintar en el mundo.

«Qué quiere que le diga, a mí los ricitos de su pubis me parecían cabello de ángel, y toda ella, un polito de menta», dijo el señor Dangó cuando le preguntaron. El padre Pera aseguró, entre el hipo de unos sollozos que lo estaban ahogando por el tormento de semejante pérdida, que el hechizo y el refinamiento de estampa tan rotunda no sabría con qué compararlo; si ustedes quieren, con la grandiosidad del universo, dijo, y si me apuran, con el esplendor del claustro del monasterio del Mont Saint Michel. Los labios de Marilín eran de otro mundo, como de fresas con nata, dijo el señor Ulloa. Su cuerpo era puro mazapán, sus manos seda, y tenía unos ojos tan grandes y vivos que reflejaban el mundo, y tan redondos, que se veía Argentina, dijo don Aurelio. «Y tanto. Si Dios tuviera un poco de corazón, tendría que haber hecho una excepción con ella y haberla dejado inmortal», dijo el señor Bermúdez, con lágrimas escurriéndole y sonándose la nariz. Ahí tiene usted toda la razón pero, ya que no se puede, se podrían echar sus cenizas a volar sobre las aguas del Atlántico, para que los alisios llenen de gloria y alegría América, dijo don Mortimer, con la vista turbia.

Marilín decía que a los hombres, como a los niños, no hay que darles nunca el caramelo entero, hay que troceárselo; hoy le quitas el papel, mañana les das un poquito, y pasado otro. Resultan ser tan impacientes, primarios y simples, que les puedes manejar a voluntad y sacarles el dinero como te dé la gana, y tenemos que aprovecharlo, ya que hemos tenido la inmensa suerte de que la Naturaleza tienda a equilibrarlo todo, y lo que les puso de fuerza, se lo quitó de talento. Son un chollito de bichos. Sin embargo, hay mujeres que se meten en el oficio sin conocerlo y terminan siendo unas infelices, porque andan por la vida a mataballo y no saben que es en la pasión donde los hombres llevan su perdición. Si les enseñas

la puntillita de las bragas dan brincos como mandriles y te sueltan cinco mil pesetas, después te las quitas, y otras cinco, luego dejás que te lo soben un poco, y cinco mil más, y si después te das a que te trinquen, pierden definitivamente el norte y sueltan lo que les pidas. Siempre por adelantado, eso sí. Sin embargo, si les dejás meter directamente, a la buena de Dios, solo te llevas cinco mil. Así es la cosa. Estos desparpajos para sacar de quicio al macho me los enseñó mi abuela María Luisa —decía Marilín—, que en sus tiempos de esplendor estuvo revolcándose por las camas de los más altos caciques de la República, sacándoles el dinero, los secretos, el amor y los colores. El encanto y la fuerza de las tetas imperiales de mi abuela pararon un golpe de Estado, allá por los años treinta, porque el general Matías, uno de los cofrades encargados del desmán, se fue de la lengua una noche en la que los disturbios del champán y la pipa gorda y tensa a punto de explotarle ya, en un suspiro le echaron por tierra meses y meses de paciente organización y prudencia, y aunque toda la fuerza de su alma le decía, discreción, Matías, no la vayamos a joder ahora, que la gente nunca se sabe de parte quién está, no pudo contenerse y se hizo tan párvulo ante la riada de placer que intuía, que apenas pudo salvar los muebles, y se dejó arrastrar entregado del todo a la gloria de sentirse el macho bajado del cielo para caer por dominio y mandato divino entre las piernas de semejante escultura, y dócil al placer que presumía, se dejó llevar por los cebos del orgullo que reclamaban a su alma de titán imbatible el lucimiento fatal de pregonar que no se está usted acostando con cualquier piernas, señora mía, sino que se está metiendo en este nidito de amor nada menos que con el redentor de esta España nuestra que no deja de llorar y pedir justicia, pero mi abuela, que era larga para separar el grano de la paja y tenía una facilidad pasmosa para ver de lejos las comedias con las